

Los leopardos de Kafka

Colección Relámpago

(2)



Este libro fue publicado con el apoyo de:
Obra publicada com o apoio do:
Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Primera edición: septiembre 2012

Título original, *Os leopardos de Kafka*

© the Estate of Moacyr Scliar, 2000 by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany.

© de la traducción del portugués, Teresa Matarranz López

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2012

Ilustración de la cubierta: Raquel Iglesias, bluleopard

Diseño editorial: Noemí Giner

Corrector: Óscar Mora

Traducción del aforismo de la página 7 de: José Rafael Hernández Arias.

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L. · Comte Borrell 115, ático 2ª
Barcelona 08015 · rayoverde@rayoverde.es · www.rayoverdeeditorial.com

BIC: FA

Depósito legal: b-25392-2012

ISBN: 978-84-15539-12-4



Impresión: El Tinter

Este libro se ha realizado con tintas compuestas con aceites vegetales y con planchas que reducen el consumo de tinta.

El plastificado de la cubierta se ha llevado a cabo con un polipropileno reciclable al agua y que aumenta la durabilidad del libro.

El transporte y embalaje de estos libros se ha efectuado con cajas de cartón corrugado 100% reciclado. Se ha evitado el uso de envoltorios plásticos.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o un amigo que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para uso personal.

Los leopardos de Kafka

Moacyr Scliar

Traducción de Teresa Matarranz López

Rayo verde
editorial

Unos leopardos penetran en el templo y beben de las copas sagradas hasta vaciarlas del todo. Este hecho se repite una y otra vez. Finalmente se hace previsible y se convierte en parte de la ceremonia.

Franz Kafka

INFORME CONFIDENCIAL 125/65

Señor comisario: la finalidad de este documento es informarle sobre el encarcelamiento del individuo Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, detenido la noche del 24 al 25 de noviembre de 1965 en una de las calles del centro de Porto Alegre. Tal sujeto, conocido militante en los ambientes universitarios de la ciudad, venía siendo seguido por nuestros agentes desde hacía dos meses. Alrededor de las 21 horas, Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, se dirigió al apartamento de su novia Beatriz Gonçalves. Otros individuos, seis en total, llegaron al lugar, solos o en parejas, obviamente para una reunión secreta. A las 23.30 los individuos abandonaron el lugar, momento en el que el agente Roberval les dio el alto. Siete individuos, incluyendo a Beatriz Gonçalves, consiguieron huir, pero el individuo Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, que cojea de una pierna, no pudo correr. Detenido y conducido a la sede de la Unidad de Operaciones Especiales, fue interrogado. En tal

procedimiento se utilizó la ayuda de corrientes eléctricas, interrumpidas por dos razones: 1) sucesivos desmayos del sujeto Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, y 2) cortes en el suministro de energía eléctrica. Así pues, el interrogatorio no se pudo acabar. El individuo Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, repitió varias veces que la reunión tenía como objeto hablar de literatura y tomar mate. En el apartamento se encontró efectivamente una calabaza de mate todavía tibia y varios libros, lo que naturalmente no invalida la hipótesis de reunión subversiva. El individuo Jaime Kantarovich, alias Cantarera, fue cacheado. En sus bolsillos había: 1) unos cuantos billetes y monedas; 2) un pañuelo sucio y rasgado; 3) un trozo de lápiz; 4) dos aspirinas; 5) un papel, cuidadosamente doblado, con las siguientes palabras mecanografiadas en alemán:

Leoparden in Tempel

Leoparden brechen in den Tempel ein und saufen die Opferkrüge leer; das wiederholt sich immer wieder; schließlich kann man es vorausberechnen, und es wird ein Teil der Zeremonie.

Debajo del texto, la firma de un tal Franz Kafka.

El papel, amarillento, parece bastante antiguo. Creemos, no obstante, que es un truco, y que se trata, en realidad, de un mensaje, posiblemente cifrado; estamos esperando la traducción al portugués, solicitada con carácter de urgencia, para una mejor valoración. Sobre la base de dicha

traducción, continuaremos investigando al sujeto Kantarovitch, alias Cantarera, ahora con vistas a conexiones subversivas internacionales.

Con la apertura de los archivos de los servicios secretos que operaron en Brasil a partir del golpe de 1964, vieron la luz numerosos documentos, entre ellos el informe confidencial arriba transcrito, del que tengo una copia.

Jaime Kantarovitch, apodado Cantarera por un amigo carioca, era mi primo. Nunca fuimos íntimos, pero sentía simpatía por él y lo respetaba mucho. El informe remite a una sorprendente historia que implica al mismo Jaime, a nuestro tío abuelo Benjamin Kantarovitch y a Franz Kafka.

Comenzaremos por Benjamin, cuya foto figura en nuestro álbum de familia, el álbum que tengo ante mí. Es, además, la misma fotografía desvaída que está en la lápida de su sepultura, en el cementerio judío. Lo que llama la atención en él es el aire asustado, tan típico de mi tío. Le llamaban Ratoncillo (no se trataba de un nombre de guerra; era su mote): los pequeños ojos negros y las orejas de soplillo le daban un aire de ratón. No aquellos ratones alegres de los cuentos infantiles, sino, por el contrario, un ratón melancólico, solitario, siempre escondido en su guarida. A diferencia de su hermano, que se casó y tuvo cuatro hijos, Benjamin no formó una familia; creo incluso que nunca tuvo novia y que su contacto con mu-

jeros se reducía a las prostitutas de la calle Voluntários da Pátria, que le conocían y le hacían un precio especial. Era pobre, Ratoncillo. Sastre competente, podría haber ganado mucho dinero con su oficio. No lo ganó. En primer lugar, la sastrería tradicional fue desplazada poco a poco por la industria de la confección, de manera que con los años fue perdiendo la clientela, entre la que se encontraban personas conocidas de Porto Alegre, periodistas, políticos, jugadores de fútbol, comisarios de policía. En segundo lugar, y a medida que se hacía más viejo, Ratoncillo empezó a desarrollar teorías peculiares acerca de la ropa. Sostenía, por ejemplo, que la manga izquierda debería ser más corta que la derecha «así las personas pueden mirar más fácilmente el reloj de pulsera» y confeccionaba las americanas de acuerdo con tal idea, lo que obviamente desconcertaba, e irritaba, a muchos clientes. Él, sin embargo, hacía caso omiso de las protestas, tildando a los insatisfechos de «retrógrados» y «reaccionarios». «Hay que seguir el ritmo de los tiempos», insistía, «porque el ritmo de los tiempos es el ritmo del progreso». Un lenguaje en el que resonaba su pasado de hombre de izquierdas, de trotskista. Pero Ratoncillo ya no se interesaba por la política, por lo menos por la política partidista, esa de la que salen los principales titulares del periódico. En general, hacía poca cosa. Iba de casa a la pequeña sastrería y de la pequeña sastrería a casa, pobremente amueblada pero llena de libros. Ratoncillo leía mucho, y leía cualquier cosa, desde ficción hasta filosofía. Su vida quedaba resumida a eso, a la sastrería y a la

lectura. Nada de fiestas, nada de cine, nada de teatro, ni siquiera televisión: le parecía una tontería. El hermano y la cuñada se inquietaban: les hubiera gustado que conociera a gente, que hiciera amistades, que se casara, ¿qué podía haber más importante en la vida de un hombre que formar una familia? Claro, Ratoncillo estaba lejos de ser un hombre atractivo. Y cuanto más envejecía más disminuían las oportunidades matrimoniales, pero una buena casamentera podría, quién sabe, concertar un encuentro con una muchacha, incluso con una solterona, principalmente con una solterona. Sólo que Ratoncillo no estaba interesado en casarse. Se apegaba a su vida rutinaria, monótona, y de ahí no salía. Cuando cumplió sesenta y cinco años, su hermano mayor organizó una fiesta sorpresa, para la que nos preparamos durante varios días. Todavía recuerdo aquella fatídica noche. Estábamos todos allí, los sobrinos y los sobrinos nietos, con sombreros de Mickey y una cinta que decía algo así como «Cumpleaños feliz, Ratoncillo». Sobre las ocho se abrió la puerta y entró Ratoncillo. Su reacción fue extraordinaria. Primero se asustó, pensaba que se trataba de un atraco; cuando se dio cuenta de que era una sorpresa, le dio un ataque de furia, cretinos, quiénes os habéis creído que sois. Finalmente, conseguimos calmarlo; pero no conseguimos llevarlo al asador, como habíamos planeado. Yo no tengo nada que celebrar, refunfuñó, no soy nadie, nunca he hecho nada de provecho.

En esa existencia melancólica hubo, sin embargo, una

aventura singular. Una aventura cuyo recuerdo acompañó siempre a mi tío abuelo desde la juventud, y que casi al final de su vida tendría una secuela igualmente sorprendente. De esa aventura, y de esa secuela, Ratoncillo me habló mucho, en la residencia geriátrica donde fue recogido en sus últimos años y donde yo, médico joven, le cuidaba. Hace tiempo, de aquello, pero hoy todavía recuerdo la historia.

La familia Kantarovitch era de Besarabia, una región objeto de constantes disputas entre Rusia y Rumanía. Vivían en Chernovitski, pequeña aldea que distaba unos ochenta kilómetros de Odessa. Una aldea judía pobre, como eran las aldeas judías de la Europa Oriental. La población vivía en un continuo sobresalto, temiendo los pogromos, las masacres organizadas. Los judíos eran los chivos expiatorios de cualquier crisis, y las crisis eran algo que no faltaba en el imperio zarista.

Mi bisabuelo, el padre de Ratoncillo, era sastre. Aun siendo un buen sastre, lo que ganaba apenas daba para mantener a la familia: si no fuera por algunos clientes rusos más pudientes, incluso habrían pasado hambre. Tenía esperanza, no obstante, de que los hijos escogiesen un oficio mejor. Benjamin, pensaba, sería un excelente rabino. Una aspiración razonable —los rabinos eran respetados y, en el peor de los casos, tenían para comer— y con cierto fundamento. Al chico le gustaba leer, era inteligente. Sólo necesitaba completar la formación religiosa.

Pero Benjamin no quería ser rabino. Puede que incluso

hubiera pensado en eso, en algún momento de su vida; pero como ese era un proyecto del padre, automáticamente lo rechazaba. Ratoncillo era un rebelde. Se peleaba con todo el mundo, con los padres, con los vecinos. Lo que tiene de pequeño lo tiene de revoltoso, suspiraba la madre, que en vano había intentado enderezar al hijo.

Poco a poco la rebeldía de Ratoncillo fue encontrando un objetivo, a medida que se daba cuenta de la deprimente situación en la que vivían no sólo los judíos, sino también otros grupos. En el año 1916 Rusia era un país dilacerado por conflictos sociales, políticos, étnicos; un país en el que la miseria y la opresión habían alcanzado niveles intolerables. La revolución, se decía, era sólo cuestión de tiempo: los comunistas se preparaban para alcanzar el poder.

Estas noticias tardaban en llegar a Chernovitski, pero llegaban, y allí tenían una repercusión inmediata. Había en la aldea un grupo de jóvenes idealistas que se reunían en secreto para discutir los textos de Marx y Engels. El grupo estaba liderado por Iossi, el hijo del carnicero.

Ratoncillo era amigo de Iossi. No: Ratoncillo veneraba a Iossi. El muchacho, alto, guapo, con una espesa cabellera y grandes ojos oscuros, era para él un modelo. Le escuchaba con verdadera adoración, bebía sus palabras. Iossi hablaba de un mundo mejor, un mundo donde no habría ricos y pobres, ni opresores y oprimidos. Un mundo de justicia y paz. Un mundo donde nadie sería perseguido, donde los judíos serían iguales a las demás personas.

Cuando Ratoncillo cumplió diecinueve años, Iossi le regaló un ejemplar del *Manifiesto comunista* en yiddish. No hay que decir que el texto se convirtió para Benjamin en el equivalente de lo que es la Torá para los religiosos. Lo leía diariamente; era capaz de recitar de memoria párrafos enteros. Y lo hacía en lugares públicos, en el mercado, en la sinagoga incluso, defendiendo la lucha de clases como la única forma de progreso social. Tiene que correr sangre, proclamaba, para que reine la justicia social en el mundo.

A algunos les hacía gracia su entusiasmo. A su padre no. La idea de la revolución dejaba aterrado al pobre sastre: por el amor de Dios, no digas esas cosas, si te oye la policía del zar estás apañado. En cambio Rivka, la madre, mujer valiente pero escéptica, no se tomaba a su hijo en serio. Éste habla mucho, decía, pero con la boca chica. Para ella, Ratoncillo era incapaz de matar una mosca, cuanto más de participar en una revolución sangrienta. Lo que no le desagradaba en absoluto: no quería ver al muchacho metido en líos.

Iossi y su grupo no pertenecían a ningún partido político. Lo que se explicaba por el aislamiento en el que vivían en aquella remota aldea; tenía una explicación, pero, de todos modos, era frustrante. Iossi, sobre todo, estaba ansioso por contactar con los comunistas. Quería que el grupo se convirtiera en una célula de acción, lista para la revolución que, estaba seguro, estallaría en breve. Y la figura que más le inspiraba era la de Trotski.

Iossi lo sabía todo sobre Trotski. Sabía que su

verdadero nombre era Lev Davidovich Bronstein, que se había educado en Odessa —o sea, muy cerca de allí—, que estaba vinculado a Lenin, que escribía libros y artículos. No lo había visto nunca, porque Trotski se había exiliado hacía años, pero soñaba conocerlo. En verdad, anhelaba convertirse en colaborador del gran líder.

Era un sueño que Ratoncillo compartía. Sí, también él quería convertirse en comunista, también él quería estar al lado de Trotski en la batalla final, la batalla de la que hablaba el himno de *La Internacional* (del que ellos sólo conocían la letra; como nunca lo habían oído, tenían que imaginarse la música), y que decidiría el futuro de la humanidad. Trotski ya era, en aquel momento, un nombre legendario, incluso en Chernovitski. Todos sabían que era un líder revolucionario, que quería derribar al gobierno. Lo que a unos les daba miedo, para otros era prometedor «Si ese asunto de la revolución triunfa, Trotski quedará bien situado en la vida». Para Ratoncillo, sin embargo, no se trataba de eso. Se trataba de la Revolución con erre mayúscula, se trataba de cambiar el mundo. Y en ese proceso él quería tener un papel de vanguardia.

Le hablaba de su sueño a Iossi, que, a su pesar, se mostraba perturbadoramente reticente. No sé si estás maduro para eso, decía.

¿Maduro? ¿Qué era estar maduro? Ratoncillo pensaba que ya tenía edad suficiente para participar en la revolución; además, en breve el gobierno zarista le llamaría a filas, perspectiva que le parecía repugnante. Prefería morir antes que servir de instrumento de la

represión. Palabras, palabras, replicaba Iossi, y añadía: hablar no es suficiente, camarada, hay que actuar. Actuar cómo, preguntaba Ratoncillo. Tú verás, respondía Iossi, enigmático.

Un día desapareció. Se evaporó, simplemente, sin avisar a nadie. A sus padres les entró el pánico; la gente de la aldea no sabía qué pensar. Temían que hubiera sido secuestrado por bandidos, y, quién sabe, asesinado, lo que no era raro en aquellos tiempos convulsos. Ratoncillo, sin embargo, estaba seguro de que la misteriosa desaparición de Iossi tenía algo que ver con la revolución.

Estaba en lo cierto. Iossi volvió dos semanas después. A sus padres les contó una historia cualquiera, se inventó que había ido a otra aldea invitado por unos amigos; pero cuando Ratoncillo le interrogó insistentemente al respecto, no se pudo contener y dijo, los ojos brillantes y la voz temblorosa de emoción:

—He estado con Trotski.

La primera reacción de Ratoncillo fue de asombro; asombro seguido de envidia, una inmensa, devoradora envidia, una envidia que le dejó consternado, pero que no consiguió disimular. Dolido, escuchó el relato de su amigo, el relato de una verdadera odisea. Iossi lo había planeado todo solo, sin contárselo a nadie. Había seguido a Trotski hasta París —exacto, París, la Ciudad de la Luz, escenario de la revolución de 1789 y de tantas luchas gloriosas, centro de la vida intelectual europea—. Trotski, exiliado y constantemente perseguido por la policía de varios países, se había dirigido allí con el fin de encontrarse con

sus correligionarios. Iossi, que lo sabía, fue hasta Odessa, donde embarcó —clandestinamente— en un barco que iba a Marsella; enseguida continuó, en tren, hasta París. Por fin, y con la ayuda de un pariente, consiguió llegar hasta Trotski, que lo recibió en una pequeña casa de las afueras, donde tenía su cuartel general. Iossi describió con palabras emocionadas la impresión que le había causado Trotski, un hombre menudo, delgado, cabellos revueltos, perilla, mirada penetrante:

—Me preguntó qué quería, y yo le dije: camarada Trotski, yo le admiro mucho, he leído todo lo que el camarada ha escrito, quiero ser un comunista, luchar a su lado.

—¿Y él?

—Él me escuchó sin decir nada. Se quedó unos minutos en silencio, mirándome, callado. Entonces me hizo una pregunta muy extraña. Preguntó por qué no me hacía rabino: ya sabes, es una excelente profesión, buena para alguien a quien le gusta leer y estudiar...

—¿Cómo?

Ratoncillo no entendía nada. ¿El gran revolucionario había sugerido a Iossi que se hiciera rabino? Iossi sonrió, superior:

—En realidad me estaba poniendo a prueba, poniendo a prueba mi disposición a abrazar la revolución. Y yo superé la prueba. Respondí que la religión es el opio del proletariado, que mi compromiso está con la causa de la emancipación popular, con la causa de la revolución socialista defendida por Lenin y por él. Le gustó mi

respuesta, pero dijo que las palabras no bastaban, que necesitaba evaluarme en la acción revolucionaria. Es lo que más quiero, contesté, déme una misión, camarada Trotski, y yo la cumpliré, aunque me cueste la vida.

Iossi se quedó un instante en silencio. Después se giró hacia Ratoncillo, los ojos llenos de lágrimas.

—Y me encomendó una misión, Benjamin. Trotski me encomendó una misión especial. Lejos de aquí, en Praga. Si me sale bien, me admitirán en el Partido. Eso prometió. Creo incluso que tendré un cargo importante.

Qué misión era, Iossi no lo podía decir. Ratoncillo insistió, pero el otro se mantuvo irreductible. Es una misión secreta, repetía, no puedo desvelar nada, ni siquiera a vosotros.

—Pero será bueno para todos nosotros —añadió, como consuelo—. Porque no me he olvidado de nuestro grupo, Benjamin. Lo primero que haré será fundar una célula del Partido aquí en Chernovitski. Incluso tengo ya el nombre: Célula Lev Trotski.

La Célula Lev Trotski no se llegaría a crear jamás. Dos días después de esa conversación, Iossi enfermó. Algo grave: fiebre alta, vómitos, a veces delirio. Los padres, desesperados, no sabían qué hacer. Llegaron, incluso, a llamar a un médico de Odessa, lo que les costó todos sus ahorros, y fue inútil: el doctor no consiguió siquiera hacer un diagnóstico, pero constató que el pronóstico era sombrío. Le dijo a la familia que se preparara para lo peor.

Aquella misma tarde, Iossi pidió que le trajeran a

Ratoncillo. Cuando el amigo entró en la habitación, ordenó que salieran todos: tenemos que quedarnos a solas, dijo, jadeante. Intrigados y preocupados, los padres y los parientes que estaban allí se retiraron.

Cuando se cerró la puerta, hizo una señal para que Ratoncillo se acercase. Le cogió la mano entre sus manos húmedas de sudor y, mirándole bien a los ojos, le susurró:

—Tengo que pedirte una cosa, compañero Benjamin, una cosa muy importante.

—Dime, Iossi —Ratoncillo, la voz embargada por la emoción—. Pide. Haré lo que me pidas, cueste lo que cueste.

—Se trata de mi misión —dijo Iossi—. La misión que Trotski me encomendó. Tú la vas a cumplir por mí.

Déjate de tonterías, comenzó a decir Ratoncillo, a duras penas conteniendo el llanto, te vas a mejorar, vas a hacer lo que Trotski te pidió, todo va a salir bien. Iossi le atajó con un gesto:

—No hace falta que mientas. Sé que estoy mal, muy mal... Ahora escúchame. Tienes que viajar a Praga. Cuando llegues, te alojarás en el Hotel Terminus; hay una reserva a mi nombre... Espera, coge el libro que está ahí en la mesa. Dentro hay dinero, billetes de tren, instrucciones para el viaje, documentos de identidad. Y un sobre.

Ratoncillo obedeció. El libro era, naturalmente, *El manifiesto comunista*. Las instrucciones eran detalladas, indicaban de manera precisa cómo llegar a Praga. En cuanto al sobre, estaba cerrado.

